

CRÓNICA



Ha fallecido repentinamente el Dr. Víctor Villar Méndez, Distinguido miembro de la Sociedad de Cirujanos de Chile, desde su ingreso en 1982, participó con entusiasmo tanto en nuestras actividades como en las de la Sociedad de Coloproctología. El Dr. Villar realizó su carrera como cirujano en el Hospital El Salvador.

El Directorio expresa sus más sentidas condolencias a su familia, amigos y compañeros de trabajo.



Ha salido recientemente a circulación el libro "Cirugía de Hígado, Vías Biliares y Páncreas" de los autores Juan Hepp Kuschel y Xabier de Aretxabala Urquiza. A cargo de la edición estuvo el Dr. Antonio Yuri Padua y está auspiciado por la Sociedad de Cirujanos de Chile.

Dicho libro es una excelente puesta al día en los temas indicados y se constituye en un óptimo texto de consulta para especialistas, cirujanos generales y estudiantes de pre y postgrado.



Homenaje de la Sociedad de Cirujanos de Chile al Dr. Arturo Lavín Gallego

El 3 de Enero de 2005 falleció el doctor Arturo Lavín.

El día 5 estuve junto a sus restos y con su familia. El calor tórrido de las 15 horas, me impidió acompañarlo al Parque del Recuerdo.

Aquí está algo de lo que quería decirle y lo sentía como un deber.

En un inevitable círculo virtuoso de vida-trabajo y muerte-descanso, en la firme hermandad de los cirujanos, los viejos de hoy debemos recordar a nuestros viejos cuando también fueron jóvenes.

Conozco a nuestro Presidente, Federico Hernández desde sus años de estudiante de Medicina en el Hospital Clínico de la Universidad de Chile, donde se recibió de especialista conmigo, en

el Departamento que dirigí. En su examen final le pedí que coordinara nuestra reunión clínica sobre un caso complejo de patología biliar. Lo hizo con prestancia y seguridad. Este antiguo amigo me ha designado para que haga una semblanza de Arturo Lavín Gallego.

Mi intención de hablar de él se reforzó cuando en la iglesia donde se velaron sus restos, totalmente llena de gente: parientes, amigos y tal vez muchos pacientes agradecidos, no encontré muchos cirujanos y no reconocí a directivos de nuestra Sociedad.

Creo que la reunión de hoy, repara esas ausencias y es un mentís al olvido de los cirujanos, con aquellos que contribuyeron a formarlos.

Cuando dos cabezas, casi topándose, la mayoría de las veces con gorro y mascarilla y cuatro manos enfrentan un hoyo rojo con un vaso grueso sangrando, o encaran un tumor profundo y difícil, se crean lazos muy firmes de cariño y respeto que pueden amarrar hermosas amistades. Más que en cualquiera otra actividad compartida por una pareja de hombres. Sin diferencias de edad o experiencia.

Los dos aprenden. El más joven, más que el otro. Los dos sienten, en lo profundo del pecho, que están luchando por la vida contra la muerte.

Las amistades que surgen, son fuertes y leales, cuando los corazones están bien puestos. Así me pasó con Arturo.

Queremos la Cirugía. Pensamos que los afectos y el respeto están siempre dando vueltas bajo la lámpara. Si no es así, algo anda o puede salir mal.

Recordamos que don Álvaro Covarrubias se debió operar por una coleditiasis. El cirujano elegido fue su jefe de clínica, doctor Víctor Vilche Hurtado. Ayudante primero fue Arturo Lavín. El segundo, fue un futuro distinguido y brillante cirujano: doctor Exequiel Lira del Campo. Yo mismo, me lavé y quedé observando detrás de la mesa de la arseñalera.

Tal vez, dejarse operar por los cirujanos que él había formado, fue otra lección que con este gesto nos dio don Álvaro. Sabemos que él fue jefe de Clínica de don Lucas Sierra. El gran abuelo de todos nosotros.

Víctor Vilche fue jefe de Clínica de Covarrubias. Aparece luego Arturo Lavín.

En esa cadena de firmes eslabones, quiero mencionar a los jóvenes y he nombrado al doctor Federico Hernández.

Aunque algunos parecen olvidarlo, todos sabemos que ningún cirujano es hijo de sí mismo. Vamos aprendiendo, nos vamos formando y puliendo, sin darnos cuenta, de todos los que nos rodean en nuestro quehacer. Actitudes, gestos, técnicas y hasta pequeñas mañas. Para mí, también está don Miguel Tapia de la Maza, a quien debo mucho en mi formación.

Tengo claro que Arturo Lavín, estuvo en la noble cadena de la enseñanza de la Cirugía. Con todo lo suyo: su pasión, su inteligencia y su prisa.

Esta noche, no he querido hacer un obituario clásico: con fechas, lugares de estudios, viajes y distinciones. Les traigo al Arturo Lavín que conocí joven y a quien despidió agradecido.

Se nos ha ido Arturo, "Coquelo" para muchos, simplemente el "Negro" para los más próximos.

Saliendo del Servicio Militar en 1947, llegué a la Sala "2", de la Cátedra "A" de Cirugía de don Álvaro Covarrubias, en el último patio de la sección Mujeres, del viejo hospital San Vicente de Paul, frente a una pequeña estatua de la Virgen de Lourdes. Jefe de esa sala era Emilio Villarroel. A un lado, responsable de 12 camas, estaba Arturo Lavín. Siempre fue deferente y afectuoso con sus enfermos. Todos lo querían. Al frente compartían trabajo Rubén Alvarado M. y Exequiel Lira.

Ahí conocí a Arturo, como joven ayudante de un Servicio de prestigio, trabajando con Víctor Vilche, Enrique Acevedo, Emilio Villarroel, Carlos Rogat, Kurt Bernhardt y muchos otros de un distinguido grupo profesional. Más jóvenes llegamos después, Raúl Domínguez, Mauricio Parada, muy próximo a Arturo, futuro Maestro de la Cirugía, Antonio Yuri, Ivar Donoso, que eligió la traumatología, y yo mismo.

Siendo Arturo ayudante dilecto de don Álvaro, tuve, más adelante, el honor de ser el ayudante segundo de esta pareja quirúrgica notable, en que compensaban sus caracteres, capacidades y ánimos, don Álvaro y Arturo. La patología preferida era la relacionada con la glándula tiroides que los dos llevaron sucesivamente a niveles de excelencia.

Inquieto, hábil e inteligente. Lleno de proyectos y compromisos, que siempre lo hacían llevar muchos papeles y revistas. Era frecuente verlo, casi corriendo por los pasillos, con libros y documentos bajo el brazo.

Alegre, entusiasta y sobre todo apasionado: del equipo de fútbol de la "U", de la Asistencia Pública y de la Cirugía.

Ocupó de manera progresiva, todos los cargos de responsabilidad en la Sociedad de Cirujanos de Chile desde secretario de actas hasta presidente.

En la Asistencia Pública, también recorrió por mérito todos los niveles, hasta llegar a Jefe de Turno, junto a otros notables, como Emilio Salinas, Miguel Tapia, Juan Borzone, Hernán González. Sé que en esta breve enumeración no menciono a muchos otros distinguidos cirujanos.

Su carrera académica también fue completa hasta llegar al título de Profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile.

Llegó a dirigir un servicio de cirugía en el antiguo hospital San Francisco de Borja.

En las tierras de Cauquenes, conoció a Rebeca Acevedo, cinco años menor que él, cuando ella tenía 13 años. Se recibió de médico a los 22 años y se casaron dos años después. Con la "Rebe", como él la llamaba, mujer alta, distinguida y buena moza, formaron una numerosa y respetable familia. Siete hijos, tres mujeres y cuatro hombres: María Rebeca, Margarita María, Amparo, Arturo, Jorge, Francisco y Pablo, que es médico, 14 nietos y tres bisnietos.

Dos recuerdos personales. Su hermano Claudio, gran médico como él, atendió a mi padre en Cauquenes, de un infarto cardíaco del que murió a los 51 años.

El otro recuerdo, también muy próximo, es ya lejano. En la despedida de solteros que algunos amigos nos daban junto con Erica, llegó el Negro y me sacó para ayudarlo una peritonitis. Mi mujer se enteró bien temprano, cuán sacrificada puede ser la práctica de la Cirugía.

Arturo, fuiste muchas cosas, pero siempre decente, honrado y consecuente.

Te despedimos con cariño.

PEDRO CASTILLO YÁNEZ

Abril 2005.